CAPITULO XVII.

HECHIZOS.

Fuera de Elena de Apodaca, nadie notó en el salon del virey la ausencia del hermoso y noble alférez, no obstante que era uno de los pocos jóvenes que con su buen humor y apostura contribuia á hacer agradables las reuniones, consistiendo esta indiferencia en que cada cual estaba ya á la sazon ocupado en lo que más le interesaba, los unos haciéndoles la corte á las damas y los demas al virey y á la vireina, que en aquella vez se estaban esforzando en ser más pródigos de atenciones y amabilidades. Por lo demas, el buffet, como se llama ahora, ó la sala de refrescos, como se llamaba entonces, estaba abierta para todos y era raro aquel que no le hacia frecuentes visitas, dando las mayores muestras de buena salud y de buen apetito.

La reunion concluyó casi apaciblemente á las doce de la noche en punto, hora en que se retiraron los vireyes, dejando á los pocos concurrentes que quedaban en completa libertad para que regresaran á sus casas despues de haber reposado el tiempo que quisieran.

Cuando las hijas de la vireina se despedian de esta en su recámara, contigua á la del virey, para dirigirse á la alcoba que ellas ocupaban en otro departamentito inmediato, aquella dijo á su hija menor:

—Ya te seguirá Elena, á la que tengo que decir dos palabras.

La doncella la besó la mano y se fué. Elena se quedó de pié á dos pasos del sillon cercano á la cama que ocupaba la vireina.

—Hija mia, la dijo bondadosamente, esta, no he querido entregarme á un sueño que seria inquieto, si notuviéramos una explicacion sobre ese pequeño incidente que ha venido á turbar un poco la alegria del dia de mi santo.

—Mamá, contestó Elena, no creia yo que te pudieran causar disgusto las necedades de un hombre tan impertinente como el coronel de Gabriel.

—No debes tratar con tanto menosprecio á la persona con quien vas á unir tus destinos, Elena.

—Lo sé y quizá me hubiera sometido á esa decision sin murmurar una palabra, si no fuera porque él mismo nos empieza á causar desazones con sus imprudencias.

—Te quiere mucho, se considera ya con los derechos de un hombre que va á ejercer dominio sobre su prometida y lo has puesto en la necesidad de manifestarse celoso.

—¿Yo?

—Tú: llevando la familiaridad más allá de lo debido con un jovencillo de poca posicion que apenas conoces.

—Adrian Pinto nos fué presentado desde hace dos meses como miembro de una de las familias mas nobiliarias.....

—Mas nobiliarias, sea; pero no hijo de procedencia legítima.

—¡Qué sé yo!.....

—No necesitas saber ninguna otra cosa sino que pronto vas á casarte.

—Las insignificantes muestras de asentimiento que he dado para ese matrimonio, podré retirarlas si ese hombre se empeña en destruir por sí mismo mis pocas disposiciones.

—Aunque tú retiraras tu asentimiento con esa facilidad que dices, no podriamos retirarlo nosotros que tenemos nuestra palabra empeñada con el coronel y nuestra reputacion para con la sociedad.

—No seria la primera vez que se rompieran lazos de esa naturaleza.

—Es verdad, siempre que hubiera un motivo razonable, y supongo que no será el de que haya podido impresionarte un jóven cadete.

—Señora vireina, exclamó la jóven revistiéndose

de dignidad, eso es precisamente lo que me ha causado un gran disgusto mezclado de sorpresa: que el coronel de Gabriel haya ido hasta el extremo de interpretar mis acciones más sencillas de la manera que ha querido, logrando interesar en sus ridiculeces hasta á mi misma madre.

—¡Cómo! entonces no ha tenido razon?.....

—¡Oh! si tuviera razon el coronel para suponerme veleidosa, no seria digna de pertenecer á la familia á que pertenezco.

La vireina le clavó una mirada llena de admiracion, pues era necesario suponer á su hija ó muy candorosa ó muy hipócrita para conciliar estas palabras con lo que habia visto, y se apresuró á cogerle la concedida, diciéndole:

—Eso era lo mismo que yo sostenia acá en mi interior, que tú no serias capaz, estando en vísperas de casarte, de dar oídos á un nuevo trovador venido de la calle á galantearte.

La jóven guardó silencio y la vireina continuó:

—Porque de ninguna manera, tú que eres tan juiciosa y discreta, dejarás de comprender que mientras el coronel es un hombre formal, de buena familia y de buenos antecedentes, que está ya en vias, con el favor del virey, de llegar al término de una carrera tan meritoria, el jóven Pinto, que á lo mas puede llevarte uno ó dos años de edad, apenas comienza á formarse y sabe Dios lo que se le aguarde todavia para que venga á ser coronel, hasta de aquí á diez ó

doce años, y eso contando con la proteccion de muy poderosas personas. No creo que en tu ánimo resista este último la comparacion con el otro, ante él cual no puede verse sino como una pobre criatura que apenas empieza á vivir.

—Buen empeño se manifiesta en empequeñecer á Pinto, solo porque ha tenido la complacencia de conducirme de la mesa al salon y de acompañarme en una pieza de baile! exclamó Elena á la vez que daba muestras de que queria saltársele una lágrima, quien sabe si de despecho, quien sabe si de rabia.

La vireina que lo notó, solamente pudo decirle:

—Algunos hombres son muy delicados, hija mia.

—¿No tiene usted nada más que decirme, señora?

—Nada, Elena, sino que me des un beso y vayas á acostarte.

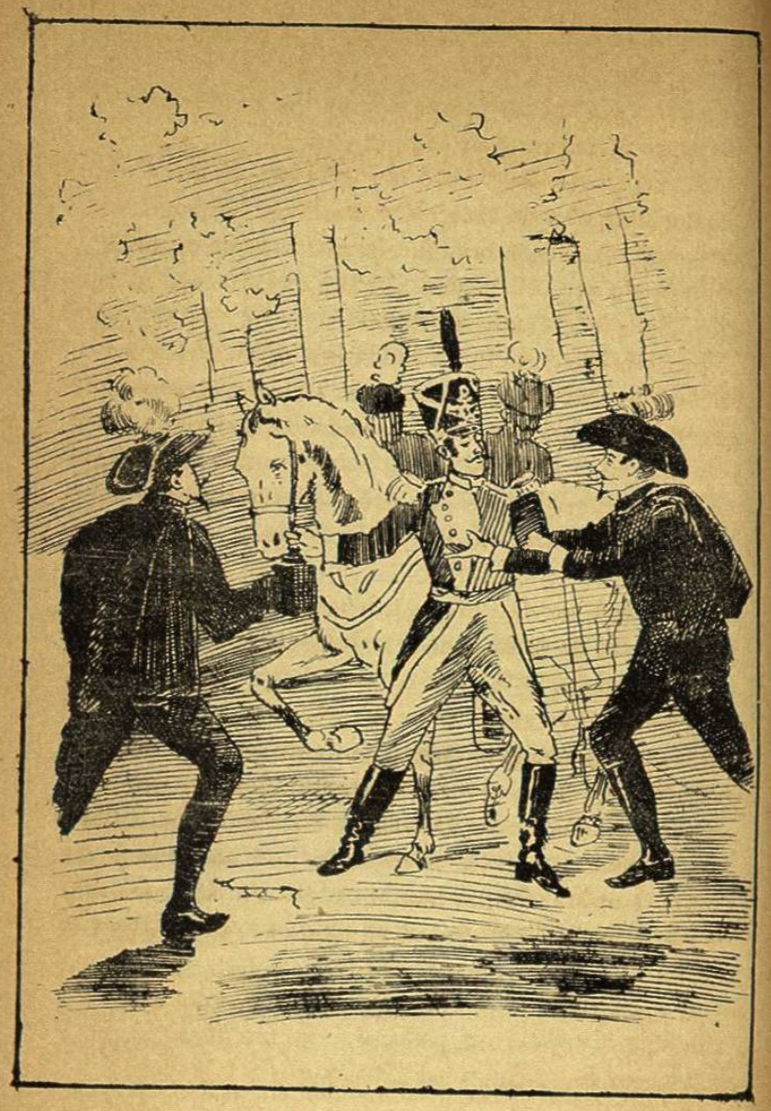
La jóven la besó y se retiraba muy seria, cuando la vireina, que no queria una separacion tan seca, la dijo:

—Perdóname, querida hijita, si acaso te mortifico con estas reconvenciones tal vez infundadas; pero soy tu madre y ya sabes que las madres quieren antes que su misma vida, la tranquilidad y la dicha de los seres que son la mitad de su alma.

Elena se volvió y se echó en los brazos de la vireina, hecha un mar de lágrimas.

No se dijeron nada, pero se estuvieron acariciando mucho y en seguida se separaron.

Y mientras que doña Maria pudo entregarse á un



....súbitamente se sintió atenazado por las garras de cuatro hombres que habian salido con toda cautela de entre los árboles.....

sueño sosegado, y casi profundo, Elena apenas pudo pegar los ojos en el resto de la noche, turbada su imaginacion por mil visiones, en medio de las que veia siempre la radiante figura del alférez.

Al siguiente dia volvió á verlo en la tarde en el paseo: montaba un soberbio caballo y pasando cerca de la carroza de la familia vireinal hizo una gran cortesia, y en seguida partió al galope como una exhalacion sin que volviera á vérsele.

Se habian retirado ya todos los carruages y las tinieblas se habian apoderado de todos aquellos lugares, pues solamente en la entrada del paseo de Bucareli se veia la linterna de un sereno, cuando apareció un ginete por el lado opuesto seguido de otro hombre, tambien montado, que parecia llenar los oficios de escudero.

—Ramon, le dijo el de adelante deteniéndose, ve hasta el fin de la calzada y si han llegado condúcelos hácia este paraje.

Ramon dió todo el trote á su béstia para ir á cumplir las instrucciones que ya tenia de su amo. Apenas este habia puesto el pié en el suelo, despues que dejó de oir las pisadas del caballo de su escudero, cuando súbitamente se sintió atenazado por las garras de cuatro hombrazos que habian salido con toda cautela de entre los árboles y que se habian echado sobre él con la rapidez de un relámpago.

—¿Qué traicion es esta? preguntó Adrian lleno de una cólera impotente, pues que en un abrir y cerrar de ojos se le habian atado las manos á la espalda.

—¡Silencio! dijo el quinto que apareció en la escena, enmascarado y cubierto ademas con una capa, preso en nombre del rey y de la justicia del Santo Tribunal.

—¿Pero no puedo saber al menos?.....

—¡Silencio! repito, ó se le pone una mordaza.

Como esta clase de apercibimientos no eran solo una falsa maniobra para intimidar á los aprehendidos, sino que se ponia en planta con mayor frecuencia de la necesaria, el jóven echó un sello á sus labios para evitarse un segundo martirio y se sometió mas violento que resignado á la suerte que quisieran deparar le sus aprehensores.

La ronda siguió por toda la calzada con su cautivo hasta las primeras calles en donde estaba un coche estacionado: fué metido en él con dos de sus acompañantes, y el vehículo echó andar lentamente con direccion á las cárceles de la Inquisicion.

El criado Ramon, que habia podido apercibirse de todo lo que habia pasado, fué y recogió el caballo de su amo y en seguida se dirigió para su alojamiento, pensando en el camino los medios que pondria en planta para prestarle á aquel algun servicio, fuera del muy conveniente de dar aviso á sus parientes y camaradas, que de seguro algun empeño habian de poner para sacar al jóven de las mazmorras del Santo Oficio.

Ya los lectores podrán comprender lo que habia pasado: el coronel de Gabriel, tanto por su carácter militar como por su posicion política y social, como

porque habia estado considerando que era muy indecoroso en una persona de su edad [cuarenta y seis años] ir á batirse con un muchacho que apenas podia contar unos veinticuatro, habia dado parte al virey de todo lo acontecido, diciéndole que si no dictaba providencias él se sentia obligado á concurrir á la cita en el paseo de Bucareli, la que tendria que desenlazarse con la muerte de uno de los dos combatientes, una vez que segun lo que el alférez le habia manifestado, no podian caber los dos en el mundo.

—¡Ah! ¿Entonces lo ha retado á usted á duelo formal?

—Sí, escelentísimo señor: tenemos que batirnos á espada hasta que uno de los dos muera.

—Entonces ese jóven inexperto no sabe que ademas de faltar á la disciplina militar, retando á un superior, incurre en las censuras eclesiásticas más severas que prohiben el derramamiento de sangre.

—Probablemente en nada de eso se ha fijado, ni yo me fijaria tampoco, si lo tuviera por igual á mí en rango, en edad y en las demas circunstancias.

—Bien mirado, los duelos están permitidos en todas partes y ninguna corte que se precie de caballeresca puede suprimirlos.

—Es una verdad, excelentísimo señor.

—Porque si llegara á suprimirse el juicio de Dios para ciertas ofensas, si el honor del caballero no pudiera sostenerse con las armas en la mano y se dejara todo al escándalo de los procesos, la cobardía se

haria un sitio inexpugnable en las sociedades, con lo cual los caracteres elevados no podrian conformarse.

—Entre hombres del mismo rango, las diferencias de cierta clase no pueden ser dirimidas mas que por las armas, terminó diciendo el coronel, de acuerdo con la tésis general del virey.

—Pero en el caso de su señoria, seria relajar la disciplina militar, si se permitiera medir el valor de un gefe superior con el de un subalterno, por mas que este pueda alegar un nacimiento elevado.

—Es lo que vengo á someter al fallo de vuestra excelencia y haré absolutamente lo que vuestra excelencia me aconseje que haga.

—Está bien; ahora mismo tomaré mis providencias.

El virey mandó llamar en el acto á uno de los miembros del Santo Tribunal y poniéndole al corriente de lo que pasaba, le manifestó que le parecia oportuno que la Inquisicion mandara á algunos de sus auxiliares mas determinados y más sagaces para que se apoderaran del jóven cadete en el Paseo de Bucareli, no solo para impedir el desafio entre un gefe superior y un oficial del ejército, sino para tener á este en prisiones mientras el enlace de su hija Elena se verificaba con el coronel de Gabriel, pues siendo este algo quisquilloso no faltarian motivos en lo de adelante que pudieran traer desagradables consecuencias. Convinieron así mismo las autoridades civil y religiosa en que á los parientes y amigos que se interesaran por el preso se les contestaria que aunque

este no estaba declarado herege, ni habia dado motivos suficientes para que se le formara una causa en forma, necesitaba ser reanimado en la fé cristiana, para la cual manifestaba grande desvio, viendo con profundo desprecio el primero de los mandamientos de la Iglesia.

Por más retirada que estuviera la familia del virey de los negocios públicos, no dejó de llegar á su conocimiento lo que habia pasado con el jóven alférez, cuyo hecho se pudo apreciar por cada uno segun sus particulares sentimientos. La vireina se sintió como aliviada de un gran peso, pues que estando preso el atrevido alférez, no volveria á ser turbada por aquel lado la tranquilidad de la corte. Clara dijo que seguramente el coronel de Gabriel habia de ser muy miedoso, cuando léjos de imponerse por la fuerza de su brazo habia recurrido al auxilio de la Santa Inquisicion para impedir que le galantearan á la novia y Elena tuvo necesidad de reprimirse hasta el grado de hacer esfuerzos supremos para no estallar de indignacion contra todos aquellos que abusaban del poder y de la fuerza contra un pobre muchacho que no tedia más delito que haber sido demasiado abierto para manifestar sus respetos á una dama, sin faltar á las leyes del decoro y de la conveniencia.

Al dia siguiente de la prision de Adrian era domingo y por consiguiente desde muy temprano estaban llamando para la misa en todas las iglesias, menudeándose más los toques de campanas en la Cate-

CAPILLA ALFONSINA BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

dral en donde se decian desde las cuatro de la madrugrada hasta las doce y media como unas cuatrocientas.

Cubierta con un velo desde la cabeza hasta los piés, salió de palacio una dama vestida con un traje oscuro, acompañada de una dueña que la seguia á muy pocos pasos. La circunstancia de llevar ambas en las manos sus rosarios y libros de devociones, indicaban bien que eran dos personas de la corte que iban á misa, tanto más cuanto que se las vió ir directamente á la iglesia Catedral. Pero lo que no vieron los curiosos fué que las mismas damas salieron inmediatamente por una puerta lateral dirigiéndose á toda prisa por el callejon de Mecateros que dividia la calle del Empedradillo. Se introdujeron en una casa de mediana apariencia, subieron la escalera, el cancel de arriba estaba abierto, cerrándose luego que entraron y una muger las condujo á un saloncito oscuro adornado con calaveras, esqueletos de animales y pinturas estrambóticas, viéndose arder en una mesa una lámpara cubierta con un crespon negro.

Pocos momentos despues se oyó el rechinido de una puerta medio cubierta con cortinages negros y apareció una vieja cubierta la cabeza con tocas y con un vestido negro con manchas amarillas que querian figurar lenguas de fuego. La dueña que acompañaba á la dama fué conducida á otro sitio por la criada que las habia acompañado, quedándose aquella sola en el salon con la hechicera, pues es fuerza ya decir que Elena, encontrándose de repente en una situacion tan

comprometida y sin contar con una persona de su intimidad de quien aconsejarse, habia determinado ver á aquella mujer que no solo tenia fama de saber decir la buena ventura, sino de hacer indicaciones llenas de sabiduria en los negocios mas intrincados y mas importantes, por lo que tenia gran clientela entre los nobles y gentes de alto coturno.

La vieja hizo algunas ceremonias de adorno para dar al acto mayor importancia y luego ordenó á la jóven que se descubriera el semblante.

—¿Es preciso? preguntó ella temblando y con la voz muy conmovida.

—Sin la mirada y sin la frente, quedarian incompletas en mi ciencia las líneas de la mano.

Entonces Elena con algun embarazo se levantó poco á poco el velo y descubrió su radioso semblante.

—Es hermosa mi niña, dijo la vieja como sorprendiéndose de la belleza de la jóven, es un serafin.

En seguida descubrió la lámpara, se caló unos lentes y la estuvo examinando con mucha atencion.

—Está bien, dijo despues de unos momentos: ¿qué es lo que desea saber mi niña? Simplemente lo que pronostican las líneas de la mano ó desea hacerme alguna pregunta especial?

—¿Sabe usted quién soy? preguntó Elena con timidez.

—Aunque lo supiera tendria que ocultarlo, porque uno de los caracteres de mi ciencia es la discrecion; pero en realidad ignoro á qué familia pertenece una jóven tan llena de encantos.

—¿Qué es lo que usted puede revelarme acerca de mi situacion actual? preguntó Elena siempre llena de terror.

—Mi niña pertenece á uno de los primeros rangos en donde solo se encuentran la riqueza y la felicidad, contestó la vieja á la vez que examinaba minuciosamente la mano virginal de la jóven; sus padres desean enlazarla con una persona de alto mérito que la quiere bien, un tanto por estar prendado de su belleza, pero más aún por las grandes ventajas que debe producirle el enlace. Mi niña no solo no lo quiere sino que le profesa alguna antipatia por su carácter arrogante y dominador, sin embargo de que á veces se siente arrastrada á él deseosa por una parte de dominar una naturaleza rebelde y por la otra de afianzar una posicion independieute que le permita brillar en las reuniones como la primera estrella entre las mujeres casadas. Es decir, desea mucho casarse y ve á su pesar que no hay en torno suyo ningun otro hombre con quien consumar dignamente el sacrificio.

Elena se ruborizó hasta el nacimiento de los cabellos y preguntó como alarmada:

—¿No hay otro hombre?

—Sí, si lo hay, mi niña, demasiado que lo hay, no uno sino muchísimos que apetecen semejante tesoro; pero entre los que mi niña conoce y entre los que podrian ser del gusto de sus padres, no hay otro que pueda competir con el elegido que está dispuesto por su parte á hacer la felicidad de su esposa. Como mi niña no ha sentido hasta ahora lo que es el amor, lo que es el verdadero amor, fácilmente puede alucinarse con la apostura de este ó del otro jóven que la vea con tiernos ojos; pero ella misma se convence en su interior de que no es allí entre el ruido de suspiros, mas ó menos fogosos y de luchas mas ó menos conmovedoras, donde se encuentra la felicidad doméstica, sino en el hogar donde el juicio de una persona séria puede ser la cabeza de una respetable familia.

Elena, de encarnada como estaba poco antes, se tornó en pálida, con una palidez mortal, sorprendida de que la hechicera estuviera casi adivinando sus pensamientos.

—¿Y qué mal resultaria, la preguntó, de dejar á esa persona séria por un jóven apasionado, lleno de audacia y de nobles sentimientos?

—¡Ay Jesus de mi alma! exclamó la vieja santiguándose; ese seria un deseo temerario imbuido en el corazon de mi niña solo por malas artes de Satanás. Dar el amor á ese jóven atrevido que no tiene en su abono mas que la brillantez de la juventud y el espíritu emprendedor de la inexperiencia, seria esponerse á ver caer sobre varias familias una lluvia de desgracias, seria convertir en un lago de sangre lo que de otro modo no vendria á ser sino un mar tranquilo en que reinarán la calma y la abundancia, si es que no llega á reinar tambien la felicidad.

—La felicidad no reinará nunca en esa barca, dijo Elena con un suspiro.

—Quien sabe, quien sabe, contestó la vieja con tono hipócrita.

Elena, despues de oidos estos y otros pronósticos que la llenaron de sorpresa, dejó una bolsa con dinero á la vieja hechicera y se dirigió á palacio acompañada de su dueña.

La hechicera, luego que se vió sola, lanzó una carcajada y exclamó á la vez que contaba el dinero que le habia dejado la jóven:

—¡Qué bien hizo en mandarme advertir la vireina!

CAPITULO XVIII

CRUZ

Gran polvareda venia levantando el general Don José de la Cruz con su comitiva, en su viaje de Guadalajara á México, la cual venia formada del modo siguiente:

Una descubierta de diez hombres montados en caballos negros cuyos dragones traian cascos relucientes y anchas espadas desnudas sobre el hombro derecho.

Carroza del general Cruz con su secretario, tirada por ocho mulas oscuras.

Otros siete carruages mas con sus oficiales y gentes del servicio doméstico.

Veinte mulas cargadas con sus equipajes y repuestos.

Dos carros con la cocina y víveres.

Ocho peones de estribo para los carruages.